



JOSE DE LA RIVA AGÜERO
1885-1944

NOTA.-En nuestro número anterior, 7-8, la numeración de las páginas va de la 105 a la 180, cuando en realidad debía ser de la 205 a la 280. En el presente número se restablece la numeración correcta.

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERÚ

Tomo XII

Lima, Noviembre-Diciembre de 1944

Número 8-9

JOSE DE LA RIVA AGÜERO

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

La prematura y absolutamente inesperada desaparición de don José de la Riva Agüero y Osma no sólo priva a nuestra Universidad de uno de los maestros que más honra, brillo y prestancia daban a sus claustros: con él ha perdido el Perú a una de sus más egregias figuras intelectuales.

Nacido el 26 de febrero de 1885 en el seno de una familia antigua e ilustre, y mimado por los halagos de la más encumbrada situación social y de una gran fortuna, Riva-Agüero habría podido orientarse hacia el regalado disfrute de las satisfacciones de orden material, o por lo menos materialista, que esas ventajas podían producirle. Pero lejos de seguir esa que era, no solamente la línea del menor esfuerzo, sino la que habría estado de acuerdo con lo que hacían y hacen por lo común la mayoría de las gentes, se lanzó desde temprano por el arduo y grave camino del estudio.

Después de haber sido un brillante escolar en el Colegio de la Recoleta, ingresó a la Universidad Mayor de San Marcos y fué allí un estudiante extraordinario, en toda la fuerza del vocablo. Se consagró con el poder de una inteligencia excepcional, de una memoria prodigiosa, de una voluntad indomable, y de una resistencia física hercúlea, a devorar las obras fundamentales de la historia, la literatura, la filosofía y el derecho. Obligado a presentar, para obtener el grado de bachiller en letras, una tesis que según los reglamentos universitarios de la época *debía tener una extensión de*

no menos de cinco páginas, escribió a los 20 años un libro notabilísimo, titulado *Carácter de la Literatura del Perú Independiente*, y lo presentó como tesis de bachillerato. Ese libro admirablemente escrito y en el que corren parejas la seguridad del juicio y la vigorosa personalidad del gran crítico que hacía tan temprana aparición en el Perú, nos muestra que su autor, no obstante su extremada juventud, había leído, concordado, saboreado y apreciado todo lo que habían escrito los literatos peruanos en un siglo.

Cinco años después, en 1910, presentó como tesis doctoral ante la propia Facultad, un libro definitivo: *La Historia en el Perú*, en el cual estudia, no a todos los que han escrito sobre la historia de nuestra patria, según advierte en el prólogo, sino a los historiadores nacidos en el Perú, sea cual fuere la materia a la cual se hayan dedicado. En esa tesis, con una confianza admirable en su propio criterio, exalta la figura del Inca Garcilaso de la Vega, casi el primer historiador del Perú, a quien Menéndez y Pelayo había juzgado despectivamente, y tiene monografías sobre todos los historiadores peruanos, siendo particularmente extensas y detalladas, después de la de Garcilaso, las de Peralta, Mendiburu y Paz Soldán. Este libro, escrito por un hombre en plena juventud, es mucho más que un título personal de Riva Agüero a la celebridad: es una de las obras capitales que se han escrito en el Perú, un verdadero timbre de orgullo para la Universidad en la que fué presentado, una prueba de la capacidad mental de una raza y del vigor y plenitud que laten en el fondo del alma de un pueblo.

Una tesis estrictamente jurídica sobre *El Fundamento de los Interdictos Posesorios*, y otra jurídico-filosófica sobre *El Concepto del Derecho*, le permitieron graduarse respectivamente de bachiller y de doctor en la Facultad de Jurisprudencia.

Terminada su vida estudiantil en 1913, emprendió viaje a Europa de donde regresó en 1914, al comenzar la primera guerra europea. Residió en Lima hasta 1919, año en que por cuestiones políticas que más adelante recordaremos, se dirigió de nuevo a Europa. En estos cinco años pasados en Lima entre sus dos viajes al antiguo mundo, Riva-Agüero estudió y leyó con el ahinco que ponía siempre en sus cosas; aunque su producción intelectual no fué todo lo copiosa que hubiera anhelado la admiración unánime que despertaba en su patria. Pero si produjo poco, cada uno de sus tra-

bajos lleva en cambio la marca de una mentalidad de primer orden. De esta época sólo citaremos el admirable discurso académico leído en la Universidad Mayor de San Marcos en conmemoración del tercer centenario del Inca Garcilaso de la Vega y las lecciones que, como sustituto del profesor titular de Historia del Perú (el eminente maestro don Carlos Wiesse), dictó en 1918 y que constituyeron un verdadero fasto en los anales universitarios.

Durante su permanencia en Europa, de 1919 a 1930, Riva-Agüero también escribió pocas cosas, pero todas admirables: por la inteligencia que se transparentaba en ellas, por la cultura que rebosaban, por el patriotismo que vibraba en cada línea salida de su pluma.

Vuelto al Perú en 1930, pudimos comprobar en él un cambio fundamental. Era siempre el talento deslumbrante, la erudición prodigiosa, la cultura ubérrima a que estábamos habituados, pero había adquirido algo que le faltaba casi por entero cuando emprendió su viaje: había vuelto en lo esencial, pero sólo en lo esencial hasta ese entonces, a la fe católica.

Criado en el seno de un hogar tradicional y educado en un colegio de religiosos, había perdido la fe y abandonado toda práctica piadosa en los años en que cursaba en la Facultad de Letras: se apoderó de su espíritu, en forma absoluta, eso que él mismo llamó más tarde, con una de sus expresiones más felices, *el ateísmo universitario*. Al madurar su personalidad, durante su segunda residencia en Europa, él, que tan independiente había sido siempre en sus juicios y en sus opiniones, se independizó también de la única traba que le mantenía atado: de la traba de la educación positivista, y de los estrechos prejuicios heredados del siglo XIX; y entonces experimentó la más profunda transmutación espiritual: aquella que prometió el Maestro cuando dijo: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Esta adhesión de Riva-Agüero a la Iglesia en los puntos esenciales de la doctrina, se convirtió poco después de su llegada al Perú en una adhesión total y en una vida católica vivida con robusta plenitud. De esta manera se dió íntegramente a Aquel a quien nadie puede darse a medias.

Al llegar de Europa con tan tremendo cambio esencial en su alma y en su vida, Riva-Agüero encontró a nuestra Universidad Católica convertida en pujante centro de actividad y de trabajo, ha-

biéndola dejado al partir como una simple tentativa cuyos resultados eran más que inciertos; y se vinculó a ella, no intelectualmente al principio, pero sí con todo su corazón. Y quien esto escribe se ufana de haberle inducido, con insistentes y premiosas instancias, a ocupar una cátedra de Historia del Perú. Efectivamente, en 1936 dictó, en medio de la admiración ferviente de un auditorio comprensivo y vibrante, un curso magistral sobre la civilización peruana en la época pre-hispánica: Sus lecciones, que tenían la autoridad y la fuerza de su vigorosa personalidad, y el interés de una erudición incomparable, fueron publicadas en esta misma Revista y luego reunidas en forma de libro. Otras inquietudes y preocupaciones, viajes y quebrantos de salud, nos privaron en adelante de sus irremplazables enseñanzas.

No fueron empero este curso ni este libro los únicos frutos que produjo Riva-Agüero para nuestra Universidad. Sus recientes estudios de carácter literario tienen el mismo origen, y no carecerá de interés el relatar cómo nacieron.

En un *College* norteamericano, el Oberlin College, de Ohio, presentó el Sr. Paul Patrick Rogers, en 1941, una tesis titulada *Goldoni in Spain*. Un ejemplar de este valioso trabajo fue enviado a la Universidad Católica del Perú con la atenta súplica de dar cuenta de él en nuestra Revista. Pensando que nadie había en el Perú con mayor capacidad y preparación que Riva-Agüero para escribir la nota pedida, y conociendo la *buena gracia* — como dicen los franceses — con que acogía esta clase de pedidos, el Director de la Revista le envió el folleto mencionado después de haberle rogado comentarlo, encargo del cual él se defendió denodadamente al principio, invocando sus ocupaciones y el estado precario de su salud, pero terminando por comprometerse a hacer una nota bibliográfica que cupiera en una página de esta Revista, que era, por otra parte, todo lo que se le pedía. Unos días después recibimos del Instituto de Filología Moderna de la Universidad de California un libro de C. C. Humiston consagrado a comparar la técnica poética de Ronsard y de Malherbe, libro que venía con análogo pedido de comentario bibliográfico. Nuevo traslado a Riva-Agüero, nuevas excusas suyas, nueva promesa final de escribir *una página, pero una sola*, sobre el libro de Humiston. Unos pocas semanas después, Riva-Agüero dejó cumplido el primer encargo, enviando a la Revista,

dentro de un voluminoso sobre, la *nota bibliográfica* prometida sobre *Goldoni in Spain*, junto con una tarjeta en que se excusaba, afectuoso y confundido, *de lo muy larga que le había resultado*: 19 páginas escritas a máquina! Habría sido absurdo considerar como una nota bibliográfica, y publicar en el lugar destinado a ellas, ese ensayo admirable sobre Goldoni en España, digno de la primera revista del mundo, que había escrito sin querer un hombre en quien la erudición se desbordaba incontenible; y así nuestra Revista lo publicó orgullosa como el primer artículo del número de abril de 1942.

Pocos días después de la aparición de este artículo notabilísimo, dijo con gran naturalidad: "sobre el otro libro sí voy a hacer una cosa muy breve, porque no me siento muy bien, estoy fatigado, y además debo hacer un pequeño viaje". Un mes más tarde, nuevo sobre abultado, en cuya dirección era fácil reconocer la inconfundible *escritura* — no cabe decir *caligrafía!* — de Riva-Agüero; y dentro de él, con una cartita en que se deshacía en excusas, un estudio vasto y profundo que llevaba por título *Algo acerca de la antigua literatura francesa, de Ronsard a Malherbe. Primera Parte*. Este ensayo capital, con las dos partes que le siguieron, se publicó en tres números sucesivos de nuestra Revista, de mayo a octubre de 1942. Y con él ocurrió otra cosa curiosa: Riva-Agüero pidió que se guardasen las planchas en la imprenta, a fin de aprovecharlas para imprimir separadamente, en forma de folleto, ese trabajo que originalmente debió ser de una página; y así se ordenó, pero por un error involuntario, el encargo no fué cumplido en los talleres. Afortunado error, que permitió la publicación, no de un simple folleto, sino de un libro admirable, titulado *Estudios sobre Literatura Francesa*, en que el primor de una ejecución tipográfica impecable aparece puesto al servicio de una erudición prodigiosa, de un sentido crítico infalible y de una sensibilidad estética exquisita. Este fué el último libro de Riva-Agüero.

Años antes, en 1937 y 1938, había reunido numerosos opúsculos, discursos, conferencias, ensayos, memorias, en dos voluminosos tomos que tienen por título *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*.

No fueron los dos recordados ensayos sobre literatura italiana y francesa respectivamente, los únicos trabajos en los cuales Riva-Agüero, habiendo pensado escribir una cosa breve, se vió arrastra-

do, por el flujo incontenible de su erudición, a hacer un estudio fundamental. Análoga peripecia le ocurre en 1935, con motivo de un discurso sobre la cultura francesa. Debía inaugurarse en Lima, en los salones de la Sociedad *Entre Nous* que habían sido solicitados al efecto, una exposición de libros franceses auspiciada por el gobierno de aquel país, cuyo Ministro en el Perú rogó a Riva-Agüero explicar la significación y los alcances de la exposición, en el acto inaugural de la misma. Como nuestro gran erudito quería mencionar en su discurso no solamente aquellos aspectos del pensamiento francés que le eran familiares, sino también direcciones científicas y técnicas en las cuales no era competente, trató de documentarse y de completar su propia visión de la cultura de ese gran pueblo; y para ello apeló a la ayuda que podían prestarle algunos de sus amigos, a cada uno de quienes pidió un memorandum sobre aquellos aspectos de ella que más especialmente había cultivado, pero un memorandum sumarisimo, pues su propósito era hacer una cosa breve: "no más de veinte minutos". Cuesta trabajo comprender cómo este hombre extraordinariamente inteligente, que se preparaba a terminar en tan breve tiempo, principió su peroración hablando de los primeros habitantes pre-históricos de lo que ahora es Francia, contemporáneos del hombre de Neanderthal; y a partir de tan remotísimo jalón, trazó con una erudición y un brío incomparables y en una forma realmente fascinante, un itinerario de la evolución del pensamiento francés hasta llegar a Claudel y Valéry. Por supuesto que semejante cosa no pudo hacerla en 20 minutos. La hizo en dos horas largas, como que habiendo comenzado poco antes de las 7 de la noche, terminó después de las 9; pero fueron dos horas de tal regalo espiritual que a nadie fatigaron. Su admirable conferencia de esa tarde aparece publicada en el tomo 2º de sus Opúsculos; pero desgraciadamente al reconstruirla no siempre acertó a conservar la belleza y la elegancia originales, como cuando, al hablar de Guizot, dijo que su influencia ha pasado ya, agregando con una de esas frases admirables que tan bien sabía acuñar, que sus obras ahora sólo se encuentran "en las polvorientas y descabaladas bibliotecas de nuestros abuelos".

Lejos de empequeñecer, exalta la figura de Riva-Agüero esta probidad que le llevaba a informarse de cosas que ignoraba, cuando había de tocarlas en algún trabajo.

Su última conferencia, que versó sobre *Los Estudios Históricos y la Enseñanza de la Historia*, dada en 1942, formó parte del ciclo que sobre problemas pedagógicos y educacionales organizó en ese año la Acción Católica Peruana. Mientras preparaba esta conferencia, en la que se proponía hacer resaltar la contraposición existente entre el determinismo del mundo físico y la contingencia y la libertad que caracterizan al mundo moral, solicitó datos e informaciones sobre la crisis del determinismo físico y sobre la repercusión que los modernos desarrollos de la mecánica cuántica tienen sobre el concepto de causalidad; punto que ciertamente él no dominaba como puede hacerlo un profesor de física matemática, pero de cuya existencia y significación estaba perfectamente enterado, y a los cuales atribuía su justa y trascendental importancia, como hombre verdaderamente culto que era, y que si bien mostraba inevitables preferencias en su vocación, no tenía la tabla de valores de los eruditos a la violeta.

Es famosa la incapacidad que en los estudios primarios y secundarios reveló Riva-Agüero por las matemáticas; y cuando se piensa en ello surgen dos hipótesis: cabe pensar, o que le fueron muy deficientemente enseñadas, o que esta modalidad de su espíritu es una nueva prueba de la incompatibilidad varias veces alegada, entre la vocación y las aptitudes por los estudios matemáticos y la vocación y las aptitudes por los estudios históricos. Pero si bien Riva-Agüero probablemente nunca albergó en su espíritu un razonamiento geométrico ni un concepto algebraico, tenía en cambio un gran interés por aquellas investigaciones científicas que se relacionan con nuestra concepción del cosmos; y así, se hizo dar, y se asimiló muy inteligentemente, una explicación detallada de la recesión de las nebulosas espirales y la dilatación del universo (estudios de Humason, Hubble, de Sitter, Lemaître, Eddington, etc.).

Gran hablista y escritor castizo, Riva-Agüero hizo revivir la Academia Peruana de la Lengua correspondiente de la Española, que se encontraba en ese estado de atonía por que suelen atravesar las instituciones nacionales de su género; y fué su brillante Director hasta el día de su muerte.

En 1935 fue elegido Decano del Colegio de Abogados de Lima. Al principio opuso tenaz resistencia a aceptar esa designación, que a la verdad resultaba un poco extraña por recaer en quien, os-

tentando el título de abogado, jamás ejerció la carrera; pero al fin acabó por ceder a la fuerte corriente representada por quienes creían que la institución necesitaba ser conducida por un hombre de su talla. Ciertamente que tanto el hecho mismo de la elección, como el que Riva-Agüero la aceptara, produjeron sorpresa y hasta un poco de desconcierto: era que a veces olvidábamos la formidable mentalidad que le permitía ponerse a la altura de todas las circunstancias; pero él se encargó de recordarnos de lo que era capaz. Al tomar posesión del Decanato del Colegio de Abogados, pronunció un discurso admirable sobre *El Derecho en el Perú*; y durante los dos años que estuvo al frente de la institución, afirmó sus convicciones, opuestas a la legislación divorcista y a todos los males análogos que provienen de la aceptación de las premisas liberales.

Resultaría fatigoso, además de innecesario, el reseñar todas las producciones del gran polígrafo; pero esta semblanza adolecería de falta de sinceridad, si al estudiar el aspecto intelectual de la vida de Riva-Agüero, que fué su aspecto más importante, porque él fué ante todo un intelectual de primer orden, no expresara cuánto lamentan todos los hombres patriotas y cultos de nuestro país el que este historiador insigne, este erudito formidable, este verdadero maestro que tan hondamente le conocía y tanto le amaba, no haya concentrado sus fuerzas y su atención para escribir una obra definitiva sobre la Historia del Perú. Solicitado para pronunciar discursos o conferencias y muchas veces desviado de la meditación y del estudio por inquietudes de orden político, nunca llegó a hacer ese libro capital que había el derecho de esperar de un hombre como él; además de lo cual vivía absorbido por mil atenciones sociales, principalmente por invitaciones que siempre aceptaba gustoso, y que provenían literalmente de centenares de amigos que, bien sea por puro afecto a su persona — que irradiaba una simpatía extraordinaria — o por gozar de su conversación — que era profundamente instructiva en lo serio así como en lo trivial chispeante y divertida cual ninguna — o simplemente por snobismo, requerían su presencia.

Un hombre tan profundamente apasionado por el destino del Perú y tan profundamente enterado de sus problemas, no podía dejar de sentir la atracción de la política, entendida en su más alto y generoso significado. Así fué como en plena juventud formó con un grupo de hombres pertenecientes en conjunto a su propia generación, el *Partido Nacional Democrático*, agrupación que se proponía hacer política limpia y recta. Eran un núcleo de ciudadanos llenos de patriotismo, de cultura y de generoso desinterés; pero no lograron tener verdadera influencia en la vida pública porque les faltaban condiciones de hombres de acción. La poca simpatía con que fué mirada la formación del nuevo partido por las viejas agrupaciones políticas, fué en mi concepto un fenómeno natural, ya que éstas tenían que ver con malos ojos el que tan valiosos elementos formasen un núcleo separado en lugar de engrosar sus propias filas; y no debido como se ha dicho a emulaciones mezquinas. Los nacionalistas democráticos vivieron, pues, su corta existencia combatidos sordamente por los políticos profesionales, sin conseguir tampoco que se alistaran en sus filas los miles y miles de hombres alejados de la cosa pública y a quienes hubiera sido posible conquistar desplegando una actividad proselitista que no intentaron y en la cual probablemente ni siquiera pensaron los generosos ideólogos a quienes capitaneaba Riva-Agüero.

Extraña paradoja: el Partido Nacional Democrático, mirado con hostilidad y desconfianza en el ambiente político de la época, dejó de existir literalmente, el día mismo en que la situación entonces existente fué destruída por la revolución que llevó al poder a don Augusto B. Leguía. Poco después Riva-Agüero emprendió viaje a Europa para no volver, como queda dicho, hasta 1930.

En 1931 fué Alcalde de Lima y llenó sus funciones con un celo realmente ejemplar. De la mañana a la noche se ocupaba con interés apasionado y por cierto que con gran inteligencia y energía, en resolver los múltiples problemas que a diario plantea la vida de la ciudad. En el ejercicio de ese cargo (en que contó con la colaboración cordial e inteligente de un grupo selecto de concejales) dió muestras, además, de una noble y generosa tolerancia para las opiniones ajenas, muchas veces opuestas a las suyas, y puede decirse sin hipérbole que este fué uno de los mejores períodos de su vida.

En 1934 Riva-Agüero tuvo su único y breve paso por el poder, como Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Justicia e Instrucción Pública. Desgraciadamente, su periodo ministerial fué demasiado breve y durante él estuvo absorbido por luchas episódicas de política interna, de modo que no pudo realizar ninguna reforma valiosa en la administración de justicia ni en la instrucción pública, a pesar de lo mucho que habría podido esperarse del paso de un hombre como él por el gobierno. El Congreso aprobó una ley que agravaba el nefasto régimen ya entonces existente en lo relativo al divorcio, cosa que Riva-Agüero habría podido evitar si hubiera estado más sereno y hubiera contado con colaboradores más eficaces; y entonces él, por no poner su firma en la promulgación de ley semejante, dimitió la cartera pocos meses después de haberla ocupado.

Por otra parte, todo el tiempo combatió contra la demagogia y contra todo lo que tuviera apariencias de tal; pero no solamente luchaba con artículos y discursos doctrinarios, o interviniendo en combinaciones de alta política, sino que se dejaba arrastrar por su apasionamiento y dirigía a sus adversarios implacables ataques verbales que en realidad a nada conducían y que luego ellos explotaban tratando de crear en torno a su gran figura una cierta atmósfera de hostilidad.

*

* *

Riva-Agüero hacía una vida social intensísima, abrumado como estaba siempre por mil compromisos e invitaciones. El por su parte gustaba mucho de agasajar a las personas de su amistad a quienes reunía frecuentemente, sea en ágapes íntimos, sea en grandes banquetes exquisitos en que hacía un derroche de elegancia y de buen gusto.

No era esta, opulenta y suntuosa, la única manifestación del modo como él sabía ser amigo. Era además, servicial en extremo; a tal punto que nadie que le pidiera un favor dejaba de alcanzarlo. Vivía interesándose por ayudar en cuanta forma fuera imaginable a personas desvalidas y menesterosas, y en la agenda de bolsillo en que anotaba sus compromisos de todo orden, estaban inscritas las innumerables gestiones que había de hacer para conseguir un

empleo a un oficinista cesante, para lograr que una anciana desvalida fuera admitida en un hospicio, o que un niño huérfano consiguiese una beca en un colegio. Como tenía una influencia muy grande, sus recomendaciones generalmente alcanzaban el éxito deseado; y la gente, que lo sabía muy bien, apelaba inconsideradamente a él. Una cosa curiosa es que todas estas gestiones caritativas las realizaba en persona, no contentándose jamás con escribir una tarjeta o una carta de recomendación; y ciertamente que muchas veces llevaba esta bondad más allá de lo justo.

*
* * *

Riva-Agüero tenía una personalidad intelectual y moral tan recia, que cuesta trabajo pensar en que hubiera podido agostarse y en que la senilidad, esa etapa de la vida en que la decadencia espiritual corre parejas con la fisiológica, hubiera llegado a apoderarse de él. Un Riva-Agüero senil ya no hubiera sido Riva-Agüero.

Dios ha querido llamarle a su seno cuando estaba en toda su fuerza y en toda su eficacia: la noche del 20 al 21 de octubre de 1944, tuvo un ataque de hemiplejía. Dándose cuenta de la gravedad de su estado, hizo llamar a las únicas personas cuya presencia le interesaba en esos momentos: los médicos y el sacerdote. Aquellos — que acudieron inmediatamente, en la madrugada — le encontraron gravísimo. Su confesor — un redentorista, uno de esos admirables hijos de San Alfonso María de Ligorio — sólo fué llamado en las primeras horas del sábado 21, pues el propio enfermo prohibió que se le avisara antes, temiendo molestarle. Le confesó y le administró la extrema unción, pero no pudo darle la comunión porque la parálisis del esófago le impedía recibirla. Una hora después de su entrevista con el sacerdote, comenzó a apoderarse de él un sopor creciente, y a las 10 de la mañana entró en coma. Sin haber recobrado el conocimiento, murió el miércoles 25 de octubre, poco después de medio día.

Sus restos fueron expuestos desde la noche del 25 hasta la mañana del 27 en la iglesia de la Recoleta, junto al colegio en que se educara y a la Universidad Católica que amó tan apasionadamente. La iglesia se llenó materialmente de ofrendas florales enviadas por

cuanta institución de cierto relieve existe en Lima y por innumerables amigos personales, o simples admiradores lejanos y anónimos. Pero lo más impresionante fué la visita de miles y miles de personas que acudieron a contemplar por última vez los despojos ahora inanimados de ese hombre de temperamento fogoso y de mentalidad fulgurante. Los múltiples honores que en vida recibió Riva-Agüero, no significan nada junto a ese homenaje póstumo de un pueblo que desfiló ante su catafalco. Desde el Presidente de la República y las personalidades más encumbradas de la política, la inteligencia y las varias manifestaciones de la vida social, hasta los representantes más humildes de las clases populares — trabajadores manuales, jornaleros y cocineras —; desde profesores universitarios y estudiantes hasta personas enteramente alejadas de toda inquietud intelectual, se dió cita allí una extraña y desconcertante mezcla de gentes de toda clase y condición social. Aquellos que no iban por haber aquilatado el alto valor intelectual de Riva-Agüero, no es presumible que acudieran por haberle conocido personalmente o por haber recibido de él algún beneficio: no es verosímil que hubiera tenido alguna relación personal con tanta gente. Tampoco había sido un caudillo capaz de enardecer a las multitudes: en política fué siempre más bien un doctrinario y por cierto que un doctrinario intransigente, agresivo y extremista. Ese último homenaje sin precedente, espontáneo, silencioso, a la vez colectivo y anónimo, prueba acaso mejor que nada, que el cadáver encerrado en ese sarcófago era el de uno de los hombres representativos de una nacionalidad.

En la mañana del viernes 27 de octubre, los restos de Riva-Agüero fueron conducidos a la Catedral en hombros de los alumnos de la Universidad, no solamente de los propios discípulos que habían escuchado sus enseñanzas, sino de estudiantes de todas las Facultades. En la Catedral, el Arzobispo de Lima, Primado del Perú, ofició una Misa de Requiem a la cual asistió cuanto de notable hay en Lima, y después de la cual se realizó el entierro.

El Gobierno, consciente del valer excepcional del hombre que acababa de desaparecer, le rindió un homenaje que tampoco tiene precedente en la historia del Perú: dispuso que el día de los funerales fuera izada la bandera a media asta en todos los edificios públicos, y que en señal de duelo por la muerte de tan gran intelec-

tual, permaneciesen clausuradas las escuelas, colegios, universidades e instituciones de cultura de todo el Perú.

En medio del profundo dolor que inevitablemente ha de causarnos la desaparición de Riva-Agüero, podemos sin embargo consolarnos al comprobar que en el Perú se sabe honrar y apreciar, llegado el caso, a las grandes figuras de la inteligencia y de la cultura.

Cristóbal de LOSADA y PUGA.

ALBERTO ALVAREZ CALDERON

Por CRISTOBAL DE LOSADA Y PUGA

El fallecimiento de Alberto Alvarez Calderón, ocurrido el miércoles 15 de Noviembre de este año, cuando apenas contaba 48 años de edad — pues había nacido el 29 de Febrero de 1896 — significa para la Universidad Católica del Perú uno de los más rudos golpes que puede experimentar un centro de cultura superior: con él desaparece un obrero eficacísimo y una de las más recias columnas del edificio. Hombre de clara, poderosa y bien ordenada inteligencia, de rica y variada cultura profesional y técnica, tenía además todas las condiciones que caracterizan a un gran profesor: concepto del deber, claro sentido de su responsabilidad para con la Universidad y para con los alumnos, trato cordial para con sus compañeros de cátedra, profundo afecto y comprensión para con los estudiantes, brillantes facultades de expositor claro y metódico, espíritu de disciplina, firmeza en la aplicación de las normas reglamentarias, severidad en la formulación de los cuestionarios y en la calificación de las pruebas. Muy exigente para consigo mismo y muy exigente para con los demás, era sin embargo de una bondad extraordinaria, y profundamente justo, por lo cual todos le amábamos tanto como le respetábamos.

Cuando se fundó, en 1933, la Facultad de Ingeniería de nuestra Universidad, le fué ofrecida la cátedra de Física, pero como él nunca había enseñado, y como, por lo tanto, no había descubierto aún su profunda vocación y sus grandes facultades docentes, sólo la aceptó después de mucho vacilar. Sin embargo, desde los primeros días, desde antes de que comenzara a funcionar la Facultad, pudimos darnos todos cuenta del profundo acierto que significaba su designación: emprendió con un vigoroso empeño la organización del laboratorio de física, diseñando los muebles y seleccio-

nando personalmente los aparatos e instrumentos. Su enseñanza era de primer orden y estableció desde el principio los trabajos prácticos de su curso en una forma tan inteligente y acertada, que los otros profesores hubimos de imitarla, adaptando a las necesidades y a la índole de nuestras respectivas cátedras lo que él había hecho con tanto acierto para la suya. Es de estricta justicia el recordar que en la formación del laboratorio y en la organización de los trabajos prácticos del curso de Física, contó con la inteligentísima cooperación del Ingeniero Jorge Swayne Pro, su íntimo amigo, valioso elemento a quien él trajo a la Universidad. No es, por lo tanto, exagerado decir que la excelente organización de los trabajos prácticos en nuestra Facultad tuvo en Álvarez Calderón a su más calificado fundador.

También desempeñó durante varios años, con brillo singular, la cátedra de Ferrocarriles.

Pero no sólo tenía eminentes condiciones para el ejercicio de la docencia, entendida ésta en el sentido estricto de enseñar y examinar: su inteligencia, su ilustración, su laboriosidad, su sentido de lo objetivo, el dominio que tenía de las más variadas disciplinas de la carrera de ingeniero, su gran vivacidad intelectual y el profundo equilibrio de su espíritu, hacían de él un consultor prudente y sagaz y un elemento directivo verdaderamente insustituible. Frescos están en la memoria de todos nosotros los servicios insignes que prestó recientemente, en los primeros meses de este año, en la comisión encargada de revisar y coordinar los programas de las diversas cátedras de la Facultad, tarea que realizó dando una nueva muestra, no por cierto inesperada, pero sí admirable, de sus variadísimos conocimientos y de su profundo sentido universitario.

Espíritu equilibrado, no era ni un profesional que se confinase en el ejercicio rutinario de su carrera, ni un teórico visionario: tenía la percepción certera de la realidad técnica, y la cultura necesaria para resolver en forma adecuada y científica los más difíciles problemas.

Formado en una de las principales escuelas de ingeniería de Inglaterra, el *City and Guilds Engineering College*, rama del *Imperial College of Science and Technology*, Álvarez Calderón había enriquecido su espíritu con un enorme caudal de ideas y conocimientos. Discípulo de grandes maestros, se complacía preferentemente

en recordar las enseñanzas recibidas de Forsyth, el autor tan conocido, entre cuyas obras resalta su famosa *Theory of Differential Equations*. Profesional competentísimo, dominaba como pocos la ingeniería civil. Pero no era esta su única preocupación: tenía un interés especial por la astronomía, ciencia que amaba apasionadamente pero que otras tareas absorbentes le impedían cultivar con el debido ahinco. Esta vocación astronómica hizo que, cuando la Universidad Mayor de San Marcos invitó a la nuestra a nombrar un representante en la comisión que debía estudiar el eclipse total de Sol de 1938, enviásemos como delegado a Alvarez Calderón: sin ser por cierto un astrónomo profesional, hizo sin embargo en la comisión un papel brillante, por su inteligencia, su cultura, su entusiasmo y sus insignes facultades de todo orden. A esta misma pasión por la astronomía responde el proyecto que presentó en su Cámara, como senador por Lima, tendiente a establecer un observatorio astronómico nacional como primer paso hacia la formación de una verdadera escuela de astrónomos peruanos.

Este hombre eminente, que hubiera podido dirigir de manera triunfal las más vastas reparticiones de la administración pública y las máximas realizaciones de la iniciativa privada, ha pasado por la vida insuficientemente conocido, insuficientemente apreciado e insuficientemente aprovechado. En los últimos años ocupó un asiento en el Congreso; muy poco tiempo para poder prestar al país los grandes servicios que de él podían esperarse; pero el suficiente para demostrar de lo que era capaz: estudió detenidamente cuanto problema se trató en su Cámara, interviniendo — polemista terrible y polemizador infatigable — en todas las discusiones; y creo poder decir que en su breve paso por la vida pública puso en evidencia su interés por tres problemas capitales: el mejoramiento de las condiciones de vida de los obreros, el fomento de la cultura y la organización de la instrucción pública, la defensa de los principios católicos y de los sagrados intereses y derechos de la Iglesia. Sin embargo, casi me atrevería a decir que es nuestra Universidad el único sitio donde ha dado la plena medida de sus capacidades. Bien es verdad que parecía haber nacido ante todo para maestro.

Posiblemente el fin prematuro de este hombre de alto valer ha sido precipitado, tanto por haber él descuidado en sus comienzos una afección hepática que se agravó hasta hacerse mortal, cuanto

por haber impuesto a su naturaleza, que nunca fué muy vigorosa, fatigas físicas e intelectuales que sólo habría podido soportar un hombre de hierro. Al volver de sus frecuentes viajes — casi todos ellos motivados por los proyectos de negocios mineros que incesantemente acariciaba — se complacía en relatarnos las caminatas de decenas y decenas de kilómetros, y las ascensiones a altísimas montañas, que había hecho sin otro sostén que el de un frugal desayuno, para terminar el día muchas veces en negociaciones difíciles, o en fogosas discusiones con amigos y compañeros de viaje. Otras veces, cuando llegaba a dictar su clase, en la primera hora de la mañana, nos decía: “Tengo un trabajo terrible. Hoy he estudiado cuestiones urgentes desde las 5 de la madrugada. Y no me siento bien: me haría falta una buena temporada de descanso”. Pero como se quejaba y no se cuidaba, nosotros le creíamos un enfermo imaginario, y al verle lleno de actividad y de energías, nunca supusimos que albergase en su organismo, bien que débil y de apariencia frágil, el germen de un mal incurable.

En la Universidad Católica del Perú, a la que Alvarez Calderón sirvió con una capacidad, una energía y una abnegación insuperables, su persona y su obra serán perennemente recordadas.

Cristóbal de LOSADA u PIIGA